

Mi compañero vespertino cuando recorría la Quinta Avenida, era Manuel, nombre del otro de mis hijos.

Es Manuel nativo de Guadalajara, con lo que podría decirse, sin exagerar, que está hecha la apología de su entendimiento y su corazón.

Delgado y pequeño de cuerpo, de ojos negros y rasgados, ensortijado cabello, nariz roma. Su razón porfía por llevarlo á los buenos estudios y á las cosas de provecho; pero su sangre hierve, y por ahora la sed de los goces le subyuga, quedando en buen estado el áncora de la moralidad y la excelente educación.

Manuel es muy apasionado patriota, y léjos de admirar exageradamente, suele ser injusto deprimiendo la patria de Washington.

Manuel habla con fuego, y como es chiquitin, en sus arrebatos casi me intercepta el paso, poniéndose á mi frente.

—Antes de que entremos en la Quinta Avenida, como si dijéramos, el barrio de la opulencia, vea vd. tenderse la ciudad de uno y otro lado, á su frente y su espalda, en amplísimas y regulares calles; vea vd. que las esquinas con picos y semicírculos, esto es, irregulares, forman plazas ó corrientes de seis y más calles, cruzadas en su mayor parte por ferrocarriles y transitadas por hileras de wagones; fíjese vd. en la profusión de árboles que formando calzadas hasta perderse de vista, bordan, sombrean y dan hermosura á las calles. Observe vd., por último, los muchos parques con frondosas arboledas, asientos y fuentes, lugares perpétuos de recreo que alegran la opulentísima ciudad.

Estamos al fin en la Quinta Avenida: al Sur la limitan una

plaza que es la de Washington y corre hácia el Norte al lado del Parque Central, más allá de la calle 59.

—No quiera vd. detenerse, me decía Manuel, en contemplar cada uno de esos gigantescos edificios que nos salen al encuentro en tropel, porque eso sería cuento de nunca acabar. Aquel es el Hotel Delmónico, ese otro edificio el Manatan-Club... más allá está vd. viendo Union-Club.

—No quieras llevarme por ese lado, Manuel, yo no quiero ir por ese lado ni ver ese gran monumento frente á Hoffman-House, ni nada; me han dicho que ese monumento es levantado contra mi patria; y mira, quisiera morir antes que pisar esta tierra; me quema las plantas, me parece que esas barras que tiene la bandera americana están hechas con nuestra sangre, y que sus estrellas son la impresión de sus heridas abiertas, y entónces....

—Es un gran monumento al general Worth.

—¿Cómo en la patria de Washington se levantan monumentos al robo y á la brutal ostentación de la fuerza? ¿Cómo se enseña la inviolabilidad del derecho y se construyen columnas de honor á la más villana de todas las violaciones?

—Pero, señor, el monumento no es á la conquista de México ni á su mutilación, es á un general que cumplió con su deber.

—Pues mira, quédate en tu plaza y resignate, y déjame á mí con mis pelados maldecir hasta la quinta generación á todos los piratas y á todos los conquistadores....

Yo no sé cuántas cosas seguí diciendo, hasta tocar casi en la Academia de música.

La Quinta Avenida se extendía entónces á mis ojos en toda su hermosura.

La calle de ese nombre corta la ciudad en su más amplia extension. El pavimento corvo es de adoquines, y las banquetas de seis á siete varas de ancho, de losas tersas de color de pizarra, que parecen bruñidas, y algunas tienen de largo el ancho de la banqueta.

La banqueta no pega en la pared sino que deja trecho en ella al piso que corre debajo de la calle, con intersticios que guarnecen á veces pulidos barandales de hierro: vense al través de ellas las ventanas del *bassement* ó último piso, con sus cortinas blancas, sus macetas y muebles lujosos.

Las casas todas, uniformemente, sin una excepcion, por donde yo estaba, son de esa piedra morena, entre morado oscuro y carmesí, tersa como el fierro que llaman *brown-stone* (piedra morena).

La parte superior de la fachada la componen ventanas con cornisas y grandes cristales, ó arcos y columnas; pero el primero y segundo piso tienen balconería corrida, más bien citarilla ó cenefa de hierro ó de piedra con sus columnas, y en ellas macetones con flores.

De la banqueta asciende entre pasamanos calados de piedra, la escalera que da á la entrada, donde la recibe elegante pórtico de dos ó cuatro columnas estriadas, remedos del orden gótico ó corintio, y sobre el pórtico se alza un balcon de la propia figura.

Y esas escaleras son tan iguales, y tan uniformes ventanas y pórticos, que parece que un propio molde los hizo á todos, ó que todos se calcaron y tornearon en máquina especial.

Ese pavimento, esas casas, esos cristales, corren por una legua, sin más interrupcion que la de las iglesias de la mis-

ma piedra, cantería ó mármol, con sus grandes ventanas ojivas, sus arcos góticos y sus torres piramidales, rematando en delgadas agujas que penetran el horizonte, coronadas con veletas, cruces ó pararrayos.

Es una calle opulenta y aristocrática; pero calle de frac negro y silenciosa, como para asistir á los honores fúnebres de la opulencia. A mí me pareció la gran penitenciaría de los millonarios. Es el banquero taciturno, bebiendo en copa de oro y al lado de una mujer indiferente, su Jerez delicioso.

Tiene de particular esta calle que no ha podido llevarse por ella ninguno de los ferrocarriles urbanos, porque el empeño de los especuladores no ha podido vencer la resistencia tenaz de los propietarios de fincas.

Ya hemos dicho que la Quinta Avenida está interrumpida por opulentos edificios, que son como excepciones de su monotonía. Salimos de la Quinta Avenida por Madisson, y vagamos al acaso. Me iba diciendo Manuel:

—Vea vd. la Academia de Dibujo, que costó 175,000 pesos, obra del arquitecto White: es un mal remedo de uno de los palacios venecianos de la plaza de San Márcos; tiene el edificio 175 piés de frente; contiene 25 salones espaciosos de piedra y ornamento de mármol amarillento del Ohio sobre la fachada.

—La arquitectura de ese teatro de Booth, me dijo mi compañero, entrando en la Sexta Avenida, es como conato de renacimiento; su altura se calcula en 70 piés: tres puertas al frente y varias á los costados, dan entrada al público y se utilizan en servicio del teatro. En los intercolumnios de la fachada se ven colosales estatuas representando las notabilidades del arte dramático.

Dejamos á un lado el Teatro de la Opera, en la Octava Avenida y calle 23, para fijarnos en la Iglesia de la Transfiguracion, que con sus accesorios presenta detrás de su enverjado de hierro, el aspecto de una aldea tapizada de verde césped bajo las altas copas de los árboles.

—Ya vd. lo ve, decia Manuel, aquí puede aplicarse lo que vd. decia sobre la total falta de idea, sobre la regularidad y la forma: esa iglesia está hecha á pedazos, por secciones; ya adicionando la iglesia, ya sembrando capillas á diestro y á siniestro, y sin embargo, es de construccion moderna.

—He leído, dije, que tendrá unos catorce años, que se construyó siendo rector el Reverendo Houghton, que dejó veneranda memoria.

—Unas veces parece en las calles, como decia Lancaster del Hotel de San Carlos de Orleans, que las obras comienzan de arriba para abajo; otras, que ya se traen piezas hechas como cajones, y que amontonándose unas sobre otras, se sale del paso; y otras, que se empieza la obra con espacio y formalidad, bajo un órden severo de arquitectura, y despues se acaba como se puede, como esos elegantes que vemos pasar correctamente vestidos, y en materia de peinado y sombrero, son de lo más descuidado del mundo. Vea vd. si no, me hizo observar, volviendo por la Quinta Avenida, esa casa larga y angosta que tenemos al frente. Es de mármol blanco; el primer cuerpo conserva las mejores reglas arquitectónicas; esas columnas estriadas son de purísimo órden corintio; los chapiteles están primorosamente cincelados. Esa es la casa de T. Steward, el comerciante millonario: se llama la habitacion-palacio, tanto así eclipsa á

las demás su lujo; el edificio costó, segun dice el vulgo, más de dos millones de pesos.

Cuenta la tradicion que despues de concluida la casa de régios salones, de corredores espléndidos, de alcobas voluptuosas y de todo lo que la lisonja ó la riqueza puede imaginar, quedó la casa inhabitada porque una hechicera le habia dicho al dueño que moriria luego que se mudase á ella. Nadie creyó en la brujería, excepto el amor, que es supersticioso, y la casa estuvo sin habitarse. Al fin, mudáronse los dueños: murió Steward á poco tiempo, y tomó proporciones de profecía el cuento de la vieja, que en último resultado es una verdad de Pero Grullo.

—Manuel, Manuel! esas son invenciones de vd.

—Será mentira, yo no lo niego, pero invencion no; porque como me lo contaron os lo cuento.

No hubo forma de detener á Manuel en el Parque; no en la Catedral Católica Romana, á medio hacer, que es un ensueño europeo como la Catedral de Colonia, despertando los más poéticos romances de los siglos XIII y XIV; no me atendió cuando al frente de la Sinagoga y á su vista morisca, recitaba con entusiasmo trozos del *Moro Expósito*; no me dió aliento frente al Instituto de Señoritas (Rutger Female Colege), tan digno de estudio: quiso que nos detuviésemos frente al soberbio y levantado muro que forma el depósito de aguas que surte la ciudad, llamado *Depósito de Crottom*, porque en él desembocan los acueductos que parten desde el Parque Central, distante seis millas.